

JESÚS UN NO VIOLENTO ACTIVO

23 de Febrero de 2020

Evangelio según MATEO 5, 38-48

Os han enseñado que se mandó: «Ojo por ojo diente por diente» (Ex 21,4). Pues os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos; al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda.

Os han enseñado que se mandó: «Amarás a tu prójimo...» (Lv 19,18) y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos.

Si queréis sólo a los que os quieren, ¿qué recompensa merecéis? ¿No hacen eso mismo también los recaudadores? Y si mostráis afecto sólo a vuestra gente, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen eso mismo también los paganos? Por consiguiente, sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo.



Sin respaldo alguno de la tradición bíblica, distanciándose de los salmos de venganza que alimentaban la oración de su pueblo, enfrentándose al clima general de odio que se respiraba en su entorno, Jesús proclamó con claridad absoluta su llamada: *“Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os calumnian”*.

Su lenguaje es escandaloso y sorprendente, pero totalmente coherente con su experiencia de Dios. El Padre no es violento: ama incluso a sus enemigos, no busca la destrucción de nadie. Su grandeza no consiste en vengarse sino en amar incondicionalmente a todos. El amor al enemigo no es una enseñanza secundaria de Jesús, dirigida a personas llamadas a una perfección heroica. Su llamada quiere introducir en la historia una actitud

nueva ante el enemigo porque quiere eliminar en el mundo el odio y la violencia destructora. Quien se parezca a Dios no alimentará el odio contra nadie, buscará el bien de todos incluso de sus enemigos.



Cuando Jesús habla del amor al enemigo, no está pidiendo que alimentemos en nosotros sentimientos de afecto, simpatía o cariño hacia quien nos hace mal. El enemigo sigue siendo alguien del que podemos esperar daño, y difícilmente pueden cambiar los sentimientos de nuestro corazón.

Amar al enemigo significa, antes que nada, no hacerle mal, no buscar ni desear hacerle daño. No hemos de extrañarnos si no sentimos amor alguno hacia él. Es natural que nos sintamos heridos o humillados. Nos hemos de preocupar cuando seguimos alimentando el odio y la sed de venganza.

Pero no se trata solo de no hacerle mal. Podemos dar más pasos hasta estar incluso dispuestos a hacerle el bien si lo encontramos necesitado. No hemos de olvidar que somos más humanos cuando perdonamos que cuando nos vengamos alegrándonos de su desgracia.

El perdón sincero al enemigo no es fácil. En algunas circunstancias a la persona se le puede hacer en aquel momento prácticamente imposible liberarse del rechazo, el odio o la sed de venganza. No hemos de juzgar a nadie desde fuera. Solo Dios nos comprende y perdona de manera incondicional, incluso cuando no somos capaces de perdonar. Quien se sienta hijo de ese Dios, no introducirá en el mundo odio ni destrucción de nadie.

SI YO FUERA LIMPIO DE CORAZÓN DESCUBRIRÍA

Que todos somos obra de Dios,
llevamos algo de bueno en el corazón.
Que todos valemos la pena,
y nos queda algo de la imagen de Dios.
Que a todos hay que darles otra
oportunidad.

Que todos somos dignos de amor,
justicia, libertad, perdón.
Que todos somos dignos de compasión,
respeto y de muchos derechos.
Que todas las criaturas son mis hermanas.
Que la creación es obra maravillosa de
Dios.

Que no hay razón para
levantar barreras, cerrar fronteras.
Que no hay razón para
ninguna clase de discriminación.
Que no hay razón para
no dialogar con alguien.
Que no hay razón para
maldecir, juzgar y condenar a nadie.

Que hay razón para tender puentes,
dar a todos la paz, trabajar por la paz,
amar y defender la creación.
Que hay razón para ser hermanos
y seguir siendo amigos.
Que hay razón para sonreír a todos.
Que hay razón para seguir viviendo,
para vivir en comunidad.
Que hay razón para prestar
un oído a lo que dicen los demás.
Que hay razón para servir, amar, sufrir.
Que hay razón para muchas cosas más.

No cabe duda de que el Evangelio plantea una ética de máximos. Pero lo hace partiendo de la certeza de que esto es posible si se apoya en la bondad del corazón humano y en la comunidad fraterna. El sermón del monte está dirigido a la comunidad de seguidores/as. Dios empuja en esa dirección y hace posible lo que nos resulta, a priori, de muy difícil logro.

Revalorización de la ética: En una época de crisis de valores como es la nuestra, parece que la ética se revaloriza. Se apela a la ética de los gobernantes, de los profesionales de la salud, de los juristas y hasta del simple vendedor de cualquier producto. La falta de ética es uno de los desdorsos más notables que puede sufrir una persona. Por el contrario, a quien demuestre un comportamiento ético correcto se le perdonarán muchas debilidades.



Prácticas democráticas: Para poder aspirar a una ética de máximos quizá haya que comenzar por el «mínimo» de incluir prácticas democráticas abundantes en la manera de vivir y entender la fe. Esas prácticas son: la igualdad, la transparencia en los comportamientos, la consulta, la igualdad efectiva, etc. Estos elementos son las puertas necesarias que abren a la posibilidad de una ética de máximos, como la del amor al enemigo que el Evangelio propugna.

PARA REFLEXIONAR

- En el momento presente, ¿quiénes son mis enemigos? ¿por qué?
- ¿Cómo expresamos el amor a los enemigos?
- ¿El amor a los enemigos puede debilitar la lucha por la justicia?